

RESEÑA

Jesús Ponce Cárdenas, ed., *Literatura y devoción en tiempos de Lope de Vega*, Iberoamerica-Vervuert, Madrid-Frankfurt am Main, 2019, 208 pp. ISBN: 9788491920717.

MARÍA VICTORIA CURTO (Universidad Complutense de Madrid)

DOI: <<https://doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevga.417>>

*P*rodesse et delectare, esta es la máxima que siguen tanto las obras que son objeto de estudio en este libro (la *Vida del Patriarca san José* de José de Valdivielso y el *Isidro* y los autos sacramentales de Lope de Vega) como los propios trabajos que lo conforman, porque verdaderamente deleitables resultan la erudición, el detallismo, la interdisciplinaridad y la claridad expositiva de que hacen gala los seis investigadores que en este volumen dialogan y aúnan esfuerzos. Por supuesto, también ayudan a amenizar la lectura los versos y fragmentos citados de los textos susodichos de Lope y Valdivielso, obras clave de su tiempo, cuyo análisis abre un amplio horizonte devocional y cultural ante los ojos del lector. Este es el principal objetivo del presente volumen: ahondar en el sentimiento devocional de una época y desentrañar sus íntimos lazos con la literatura, el arte, la música y, en general, con el mundo de lo poético y lo simbólico, pues acaso poesía, símbolo y espiritualidad sean en esencia lo mismo.

Literatura y devoción en tiempos de Lope de Vega está formado por los estudios de seis investigadores en áreas del conocimiento muy diferentes, aunque hermanadas, que abordan una misma cuestión (el estudio de la devoción de una época a través de su literatura y viceversa) partiendo de perspectivas diversas, pero llegando a conclusiones similares que, de hecho, se refuerzan unas a otras, de modo que podemos comparar el volumen resultante con un sólido y colorido mosaico que nos ofrece una clara representación del panorama devoto-cultural de la España de finales del XVI y principios del XVII. Los seis estudiosos aquí reunidos son: la filóloga semítica y arqueóloga hebrea Cayetana H. Johnson, el estudioso de literatura cristia-

na tardo-antigua Manuel J. Crespo Losada, el experto en literatura neolatina Pedro Conde Parrado y los hispanistas especializados en poesía y teatro áureos Ana Suárez Miramón, Abraham Madroñal Durán y Jesús Ponce Cárdenas, editor, además, del presente libro.

En primer lugar, en el capítulo «La erudición al servicio de la épica en el canto II del *Isidro* de Lope de Vega» (pp. 11-33), Pedro Conde Parrado analiza el personaje alegórico de la Envidia, así como la tradición épica que sustenta el poema lopesco. Verso por verso, señala meticulosamente las similitudes del *Isidro* con la épica clásica y renacentista (la *Eneida*, el *Orlando furioso*, la *Jerusalén liberada*) y expone ante el lector el inteligente “diálogo” que Lope entabla con estos textos, del cual finalmente deviene la creación —o recreación, mejor dicho— de un nuevo modelo de héroe. Estableciendo similitudes y, sobre todo, remarcando las diferencias entre los héroes clásicos y el santo labrador, Lope describe al que parece considerar el héroe más grande de todos: el peregrino de la vida, que luchando contra los monstruos diabólicos del mundo intenta alcanzar la patria celestial, guiado y ayudado en todo momento por Dios. Su lucha es principalmente interna, sin batallas campales sino las libradas dentro del alma, la mente y el corazón, salvo por alguna excepción, que Lope aprovecha para generar y mover la acción de su obra. Conde Parrado cree que Lope eligió la Envidia para encarnar al personaje antagonista de su relato porque esta era realmente su mayor demonio, el pecado que más lo perseguía y rodeaba. Lope es, pues, Isidro, que como cristiano aspira a llegar al Cielo y como poeta anhela alcanzar la cima del Parnaso. La aventura de Isidro es, por consiguiente, un camino espiritual tanto para el lector como para el propio autor, un verdadero espejo de santidad de y para la época.

Conde Parrado también se interesa por el método de trabajo de Lope, motivo por el que en su estudio se detiene en señalar las fuentes tratadísticas y enciclopédicas de las que bebió el Fénix —las cuales fueron apuntadas en los márgenes de su edición *princeps*— y el modo exacto en que las empleó. Este análisis revela que lo más interesante está en las diferencias o alteraciones que hizo Lope con respecto a sus fuentes, pues es en ellas donde concentró la mayor carga doctrinal y donde dio más rienda suelta a su ingenio: quiso, por un lado, señalar las semejanzas éticas entre el mundo clásico y el cristiano, pero, por otro lado, se cuidó mucho de marcar bien las desemejanzas, exaltando la segunda tradición sobre la primera; de este modo encumbró su *Isidro* al rango más excelso de héroe. El *modus operandi* de Lope

no solo nos da mucha información de él como autor —de sus procesos de documentación y creación, de sus lidias personales y del competitivo y revanchista mundo de los poetas—, sino del funcionamiento de toda una época.

En segundo lugar, con un capítulo titulado «*De Bello Angelico*: hagiografía, visión épica y realces iconográficos en el *Isidro*» (pp. 35-99), Jesús Ponce Cárdenas se centra en el relato inserto dentro del canto III del poema lopesco que narra la batalla entre los ángeles buenos y los rebeldes. Ponce Cárdenas divide su contribución en tres partes. En una primera sección examina el papel central que el argumento del *Bellum Angelicum* adquirió en la épica sacra europea durante los siglos XVI y XVII; para ello se ve obligado a enfrentarse a los conceptos de “historicidad”, “maravilla” y “verosimilitud” que había en la época —pues Lope en su *Isidro* se presenta como “historiador sagrado” pero, al mismo tiempo, llena su relato de *mirabilia* y añadidos verosímiles— y a reflexionar sobre el contexto en que fue fraguado el poema, en el cual se consideraba la épica sacra como un género necesario y ciertamente promovido por el Papado. Ponce Cárdenas conecta así el *Isidro* con la “nueva épica” impulsada por Tasso, muy en consonancia con los postulados de la Contrarreforma, y da una pormenorizada lista de referentes italianos de Lope, lo que aprovecha para incidir en la importancia de la idea de la *imitatio multiplex*. Esta *imitatio multiplex* es especialmente elocuente en lo que se refiere al relato de la lucha entre los ángeles, ya que *De Bello Angelico* era en el XVI una exitosa línea argumental en el campo de la épica cristiana pero que, evidentemente, hundía sus raíces en la Biblia y los Padres de la Iglesia. Ponce Cárdenas ofrece un clarificador resumen de la historia de este motivo y explica cómo lo empleó específicamente Lope en su *Isidro*, inspirado por, además de Tasso, otros autores como Erasmo di Valvasone y el abad Angelo Grillo.

Gracias a las ideas y los consejos de los poetas italianos, Lope consiguió, sin faltar de manera excesiva a la verdad del “coronista” o hagiógrafo, actualizar algunos motivos cristalizados acerca de la figura del héroe espiritual san Miguel, en torno a la cual se centra la segunda parte del capítulo, en la que Ponce Cárdenas analiza detalladamente la descripción que del arcángel hizo Lope en relación con la tradición iconográfica de esta figura y la pintura y los grabados de su época, especialmente con los grabados del flamenco Martín de Vos. Finalmente, en una tercera sección, Ponce Cárdenas pone de relieve la profundidad doctrinal y la erudición sacra que el Fénix ostenta en este fragmento del *Isidro* haciendo un análisis detallado de una fuente en prosa en la que Lope se basó y que había pasado inadvertida

hasta ahora: el *Compendio dell'arte essorcistica* del padre Girolamo Menghi, el tratado de demonología más famoso de su tiempo. Lope reprodujo puntualmente todo cuanto refería Menghi, y así, punto por punto, lo va demostrando Ponce, quien considera que Lope no solo hizo una magnífica «imitación por recomposición selectiva» (p. 86) y enriqueció audazmente su texto con elementos de la épica sacra y con valores iconográficos, sino que también hizo todo un alarde de su capacidad traductora. Ponce concluye su estudio haciendo hincapié en el concepto de *imitatio*, en el que recuerda es fundamental enmarcar toda la literatura hispánica de los Siglos de Oro, de ahí que el estudio de las fuentes de una obra tan famosa e influyente como fue el *Isidro* sea tan pertinente y fructuoso.

En tercer y cuarto lugar, Cayetana H. Johnson y Manuel J. Crespo Losada se centran en el fragmento del *Isidro* que narra la peregrinación onírica del santo madrileño a Tierra Santa —un motivo, el de la peregrinación, muy recurrente en la narrativa piadosa—, así como en la descripción que Lope hace de la ciudad de Jerusalén, para lo cual se basa muy de cerca en la cartografía de la época, especialmente en la obra de Christian van Adrichem: *Theatrum Terrae Sanctae* (1584). En «*Ver la tierra sagrada: peregrinación y cartografía en el marco de la narrativa cristiana*» (pp. 101-127), Cayetana H. Johnson realiza una magnífica contextualización del fenómeno de la peregrinación a Tierra Santa desde sus inicios en el siglo IV —recreándose en la intrépida peregrina Egeria— hasta los tiempos de Lope, pasando por la época dorada de las peregrinaciones (siglos XIII-XVI) tras el éxito de la Primera Cruzada. En el siglo XVI la peregrinación era ya una práctica menos habitual, aunque se siguieron dando casos de peregrinaciones e incluso martirios de cristianos castellanos en Jerusalén, de lo que es un ejemplo el sonado caso de María Mártir.¹ Johnson describe detalladamente cómo eran estos viajes, o, más bien, cómo fueron recogidos en las crónicas de viajeros y en las guías de peregrinación, entre las que destacó la *Descriptio Terrae Sanctae* de Burchard de Monte Sion. Como defiende Johnson, el estudio de estos testimonios es muy relevante porque los viajeros se apoyaron más en ellos que en los propios mapas de la época, ya que estos eran representaciones abstractas del espacio físico en las que la información geográfico-espacial se mezclaba con la información teológico-espiritual que se quería transmitir y la historia sagrada que se

1. Véase V. Lama de la Cruz, *María Mártir. Pasión y muerte en la hoguera de una española en Jerusalén*, SIELAE, La Coruña, 2016.

quería enseñar. En los mapas del Quinientos, historia y geografía concurrían, como se puede ver en el *Theatrum Terrae Sanctae* de Christian van Adrichem, que Johnson describe y analiza en su estudio, a la vez que demuestra cómo Lope hizo a sus lectores contemplar este «sacrosanto mapa» (p. 116) en su *Isidro*.

Por su parte, en el cuarto capítulo «Sueño, deseo y camino: fuentes y tradición espiritual de la visión de Jerusalén en el canto V del *Isidro*» (pp. 129-158), Manuel J. Crespo Losada se concentra en la parte central del sueño, la relativa a la contemplación de Jerusalén y al propósito que con ello buscaba Lope. El Fénix era consciente de estar abordando una empresa importante, por lo que se documentó enormemente e hizo un empleo excepcional de las fuentes, entre las que Crespo Losada destaca tres: san Jerónimo, Claude Paradin y, especialmente, Christian van Adrichem, columna vertebral de la *inventio* de Lope cuyas instrucciones del prefacio al lector el poeta siguió muy fielmente. Adrichem y Lope perseguían un mismo objetivo: dibujar una viva imagen de Jerusalén en sus mejores tiempos, marcando los nombres de cada lugar y los sitios de los eventos más notables, concretamente aquellos relacionados con la vida de Cristo. Ambos dan muestras de tener una “perspectiva sagrada” de la topografía. Lope estiliza sus modelos de representación invitando a poner la mirada del lector en lugares particulares, con el objetivo de contemplar la ciudad sagrada desde la perspectiva de la Encarnación, en sintonía con la nueva espiritualidad de la reforma católica. Lope también se apoyó en las *Devises Heroïques* (1551) de Claude Paradin para las diversas prefiguraciones que hace de la Cruz en sus quintillas. De nuevo, Lope secundó a Adrichem al diseminar en su visión de Jerusalén escuetas noticias relacionadas con la onomástica sacra y con maravillosos relatos no presentes en la historia evangélica, pero que aparecen recogidos por algunos Padres de la Iglesia y por la tradición popular y la literatura apócrifa.

En quinto lugar, Abraham Madroñal Durán nos ofrece «La Vida de San José del maestro José de Valdivielso: consideraciones sobre un libro de éxito» (pp. 159-183), ciertamente un auténtico *bestseller* de la época. Madroñal Durán atiende tanto a la biografía del autor como a la motivación y la fecha de composición, los hipotextos, las influencias, el contexto cultural, y aborda también cuestiones ecdóticas al señalar las diferencias entre ediciones. Este poema épico tuvo tanto éxito que Valdivielso empleó la misma técnica compositiva en sus creaciones posteriores: el *Sagrario de Toledo* (1616) o los *Elogios al Santísimo Sacramento* (1630). La obra da cuenta del fervor josefino de finales del siglo XVI, al que se adscribieron otros

autores como fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, Luis Hurtado de Toledo o Juan de Quirós, todos ellos seguramente muy impulsados por el josefinismo de Teresa de Jesús. Madroñal se detiene en la interesante relación que existió entre Valdivielso y El Greco, quienes contribuyeron de forma decisiva —uno con la pluma, otro con el pincel— a consolidar el culto josefino y a renovar la imagen medieval del santo, quien a partir de entonces fue descrito como un joven virtuoso y laborioso. Rebatiendo la mirada excesivamente crítica —o quizá prejuiciosa— del editor moderno de la obra de Valdivielso, Cayetano Rosell, Madroñal señala como algo positivo su exuberante lenguaje barroco, su habilidad para acumular metáforas, el refrescante léxico chusco, los *contrafacta*, la alternancia de fragmentos líricos y narrativos, la mezcla de la voz del narrador con la de los personajes, etc. Entre los modelos del *San José* Madroñal destaca especialmente a Jean Gerson con su epopeya hagiográfica la *Josephina*. Valdivielso incluye también alusiones a su época y emplea la vida ejemplar del santo y la Virgen para realizar crítica social y elogiar y reivindicar el trabajo mecánico.

Finalmente, Ana Suárez Miramón nos ofrece una excelente panorámica de los autos sacramentales de Lope, reivindicando su gran importancia a la hora de entender el pensamiento, la poética y la estética del conjunto de la obra lopesca; a pesar de ello, los autos han constituido, hasta fecha reciente, uno de los corpus menos estudiados del autor. En «Los autos sacramentales de Lope de Vega» (pp. 185-208) Suárez Miramón defiende que estas composiciones dramáticas presentan elementos fundamentales que las relacionan con el resto de la obra lopesca y que marcan el interés del autor por determinados motivos y símbolos, así como por la pintura y la estética. En una primera parte de su estudio, Suárez Miramón aborda los primeros autos, desde *Las bodas entre el Alma y el Amor divino* —representado en 1599, mismo año de la publicación del *Isidro*— hasta *El hijo pródigo*, que Lope insertó junto con *El viaje del Alma y La Maya* en *El peregrino en su patria* (1604). A partir de estos cuatro autos se pueden establecer las características de todos los autos sacramentales de Lope, que Suárez Miramón analiza una por una, poniendo especial énfasis en la importancia del regocijo y la fiesta, en la relevancia de la música y la escenografía, y en el protagonismo de la luz. Lope elabora una auténtica mística y metafísica del esplendor, con base medieval y bíblica pero con gran influencia del humanismo y la Academia Florentina. En él y en Valdivielso recayó la importante tarea de transformar el auto primitivo del *Códice de autos viejos* en la

renovada fórmula vinculada a la comedia nueva, que habría de tener su culmen con Calderón. Por último, Suárez Miramón ofrece un análisis del que considera uno de los autos más interesantes e ilustrativos de Lope: *La isla del sol*, y lo pone en relación con el soneto «La calidad elemental resiste». En la progresiva utilización de la imagen de la luz y del sol, así como de la música como armonía humana, reflejo de la divina, Suárez Miramón cree que se halla lo más original de los autos de Lope, quien transmite una estética y un pensamiento religioso que, aunque propios del cristianismo, consigue universalizar la simbología poética.

El presente volumen demuestra que, entre los grandes autores y autoras de los Siglos de Oro, Lope y Valdivielso tuvieron un papel fundamental, pues no solo pusieron exitosamente en práctica la famosa máxima horaciana, favoreciendo la consolidación de los ideales católicos tridentinos y de ciertas corrientes devocionales populares, sino que participaron de forma determinante en un largo y laborioso proceso sociocultural que se había iniciado muchos siglos atrás y que habría de tener en el Barroco su definitiva resolución: la simbiosis de la mitología y la filosofía grecolatinas con la tradición épica medieval y la historia y los valores cristianos católicos. Por su carácter interdisciplinar, este libro resulta de gran interés para un amplio abanico de investigadores: filólogos, historiadores, sociólogos, estudiosos del arte, iconógrafos, cartógrafos, filósofos, historiadores de la religión... Asimismo, es un ejemplo perfecto de lo fructíferos que pueden llegar a ser esta clase de estudios, pues permiten arrojar un mayor número de conclusiones y de forma más consolidada y detallada, al formularse estas a partir de diversas disciplinas y sustentarse en diversos puntos de vista.

Precisamente porque una de las principales características de la literatura española de los Siglos de Oro, especialmente del teatro, es la imbricación de artes y saberes, el elemento devocional, religioso o espiritual debe tenerse siempre presente, pues no en balde España era en la época una de las grandes abanderadas de los ideales contrarreformistas. Esto, lejos de restar actualidad e interés a los textos —no faltará quien quiera considerar muchos de ellos mera literatura didáctica o moralista—, los dota de un significado complejo, profundo y, a veces, múltiple que, mediante su no fácil desciframiento, nos permite acercarnos un poco más al pensamiento y al sentir de una época y, al mismo tiempo, quizá conectar con lo “humano” o “universal” que en ellos se pone de manifiesto.